SAMUEL DOMÍNGUEZ

CAMINOS DE VUELTA

AL OTRO LADO DEL ALBA

Platero
COOLBOOKS

Título: Caminos de vuelta: Al otro lado del alba
Primera edición: abril, 2025
© 2025, del texto e ilustración de cubierta Samuel Domínguez.
© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.
© Platero Editorial S.L.
Glorieta Fernando Quiñones s/n .
Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)
info@plateroeditorial.es
www.plateroeditorial.es
Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain-Impreso en España
ISBN: 979-13-87720-02-5

A mi hermano David,
mi otra mitad a este lado del Universo

Índice

Prólogo 9

I 11
II 19

Libelo Primero 27

1 29
2 37
3 45
4 53
5 57
6 65
7 69
8 75
9 81
10 85
11 87
12 91
13 95
14 99
15 109
16 113
17 119
18 129
19 133

Libelo Segundo 135

III 137

IV 145
20 151
21 157
22 161
23 165
24 171
25 177
26 181
27 185
28 193
29 199
V 205
30 209
31 213
32 217
33 219
34 229
35 231
VI 233
36 237
37 245
38 249
39 253
40 259
41 263
42 267
VII 271
43 275
VIII 279
44 283
45 289
46 291
47 295
IX 299
48 301

Prólogo

Llevé la canasta ritual y entoné el canto de alegría, pero me trajeron ofrendas funerarias como si nunca hubiera vivido allí. Me acerqué a la luz, pero la luz me era abrasadora. Me acerqué a la sombra, pero me cubrió la tormenta. Mi boca de miel se volvió venenosa. Mi templanza se desvaneció.

—Enheduanna de Acad

I

Nunca he sido muy dado a la charla, la chica podrá decirlo, pero dadas las circunstancias no parece que tenga opción. No hay audiencia que pudiera escuchar la historia entera de mi vida, pero sirva de resumen decir que vengo de un mundo que llamamos Tierra y lo que terminó trayéndome aquí se puso en movimiento durante mi último caso, aunque no es fácil ahora recordar ese día. Supongo que ya sabéis de lo que hablo.

Mi último caso. El nombre que recibe en el Gremio es brecha, algo que popularmente ha caído en llamarse casa encantada, apariciones u otras fantasías. Fui al lugar recién caída la noche, a las siete de la tarde más o menos. Aunque hubiera podido, uno aprende a no acudir a este tipo de trabajos de día: en general, la «casa» se manifiesta al anochecer y el huésped se siente como un estúpido si vas y no pasa nada. En esta ocasión era una pareja joven, clase media, una casa a las afueras recién reformada y treinta años de hipoteca por delante. Cuando me abrieron vi en ellos el rasgo distintivo de todos los huéspedes: ojos de presa hundidos en unas ojeras devastadoras.

—¿Es usted…?

Fue la mujer quien abrió la puerta. Desde detrás de su hombro, el marido miraba con curiosidad mi maletín, demasiado grande como para pasar desapercibido en ningún lugar. Como digo, una pareja joven con profesiones liberales.

Arreglados pese al evidente desgaste físico: castaña ella, piel pálida, mandíbula angulosa y una nariz tendiendo a aguileña; él, moreno, bajo y fornido. Un par de cejas espesas y sombra de barba, pese a estar recién afeitado. El mentón dividido en dos le daba cierto aire griego.

—Soy.

Dejé el maletín en el suelo y le estreché la mano. «Clara», me dijo, y la noté incomodarse con mi tacto. Dedos frágiles y uñas mordidas. Él apretó con firmeza, con esas manos de campo en el cuerpo de un abogado.

Me enseñaron un poco la casa mientras volvían a contarme lo que ya habíamos hablado por teléfono: ruidos inexplicables, golpes bruscos, pasos, voces, gritos. Lo habitual. Quien fuera que hubiese decorado la casa tenía buen gusto. La puerta daba inmediatamente a un salón amplio: escaleras a la izquierda, la chimenea al fondo decorada con alguna foto familiar, un sofá *chaise longue* que reposaba sobre una alfombra traída de algún viaje al norte de África, algunos cuadros… Me fijé en uno de ellos. Representaba un pueblo con trazo rápido e inestable: a la izquierda, unas casas apiñadas escalaban una montaña; a la derecha, el campanario de una iglesia; en primer plano, cuatro árboles cambiaban de color las hojas.

—Clara pinta —dijo Rodrigo al verme detenido ante el cuadro.

—¿Dónde es?

—El pueblo de mis abuelos, en Lleida. Vallbona de las Monjas se llama —respondió la autora frotándose las manos en una caricia tímida.

—¿Ha pintado algo desde que empezó todo?

Desvió la mirada y quedó en silencio. Su marido la miraba esperando que dijese que sí, que tenía guardados más de diez dibujos en un maletín en el desván, que cada vez que pintaba uno nuevo lo encerraba junto al resto, como si cada uno fuese una vergüenza o una maldición. Me lo dijo

y accedió a bajar los dibujos. Eran francamente perturbadores. En casi todos había usado sólo negros y grises; no tenían nada que ver con la apacible inocencia del pueblo catalán. Trazos simples, apresurados, daban vida a caras en grito, ojos pasmados, seres que devoraban a la vez miles de cuerpos agonizantes. En el último había una brecha y manos que trataban de salir de ella o de agarrar algo que arrastrar consigo.

Utilicé la mesa de seis comensales del salón para apoyar mi maletín y liberé las cerraduras, que resonaron ominosas en la expectación del matrimonio. Pero no eran los únicos que me miraban: había algo más acechándome que no había sentido hasta ahora. Lo tenía clavado en el cuello. Antes de abrir la tapa del maletín me giré hacia aquellos ojos espías. Allí estaban, agazapados entre los últimos barrotes de la escalera:

—Tienen una cría —dije.

—Sí, no queremos involucrarla en esto —dijo ella sin mucha convicción.

—Intentamos mantenerla al margen. Para que no… Ya sabe, que no le queden secuelas o algo malo de todo esto —dijo el padre, y supe que la decisión había sido idea suya.

Asentí y abrí el maletín:

—Esta parte le va a gustar. Díganle que baje. —El silencio se alargó—. Si quieren.

Alba era su nombre. Lo más seguro es que toda la familia estaría cansada de escuchar lo mucho que se parecía a su madre, así que evité el comentario. Sin embargo, no habían conseguido mantenerla tan al margen como para librarla de las mismas ojeras de sus padres. Saqué dos de las canicas del maletín y se las puse en la mano. La niña las miró: negras, pulidas, demasiado grandes como para pasar por una canica común y demasiado pequeñas como para compararse con un huevo.

—Agítalas. Agítalas y déjalas caer.

No sin desconfianza, la niña agitó con ambas manos las canicas y, al notar la vibración, las dejó caer más por el sobresalto que por seguir mis indicaciones. Al tomar tierra, las rastreadoras emprendieron el movimiento dividiéndose en el escaneo de la casa. Una casa encantada no es tal cosa, es sólo una brecha que surge entre dos dimensiones. En otro tiempo, para encontrar estas brechas se utilizaban animales, gatos en general, aunque yo tenía un cuervo, Capote; siempre he detestado el pelo de gato. Hoy en día, en Occidente, ya nadie utiliza familiares para detectar brechas: todos los suturadores utilizamos estos *gadgets*, por llamarlos de alguna manera. Todo cambia, supongo, incluso el Gremio. Sé que a los huéspedes les tranquiliza escuchar estos detalles, así que también se los expliqué.

—Y entran… —Clara se detuvo. Miró a su hija y bajó la voz—. ¿Entran por esa brecha?

—No entra nadie, están ustedes a salvo —dije y le puse una mano torpe en la cabeza a Alba, pero la niña se encogió aún más bajo ella, así que la retiré.

Nadie parecía más calmado por mi comentario, aunque, claro, lo que les dije no era cierto: sí se puede cruzar una brecha, en ambos sentidos. Cualquier suturador lo hace con relativa frecuencia cuando los casos son complicados, pero esos detalles técnicos son de los que no tranquilizan a los huéspedes, así que para qué castigarlos más con la verdad. Al cabo de un rato, empezó a escucharse en el piso de arriba un arrastrar de muebles y, con ver las caras de la familia, no me hizo falta preguntar si había alguien más en la casa.

—Cuando esto sucede —dije—, ¿los muebles de verdad se mueven o es sólo el sonido?

—Se mueven —respondió Rodrigo, tajante.

—Yo he visto cosas —dijo Clara—. Cosas que ni me atrevo a pintar.

—¿Cosas con apariencia humana?

—No —sentenció ella—. No, de ninguna manera

podrían ser humanas.

Cambié el peso de una pierna a otra. Aquello no eran buenas noticias y hasta el matrimonio se dio cuenta.

—¿Cómo son esas cosas, Clara?

—Alba, ¿por qué no te vas a…?

—Si lo que dice es cierto —interrumpí—, es mejor que lo escuche a que se quede sola.

La verdad no siempre es recibida con agrado; esta fue una de esas veces. Me contó que había visto una especie de araña, pero no por parecerse al arácnido, sino porque tenía muchos miembros que no terminaban de ser brazos, pero tampoco eran patas. Me dijo que podría ser del tamaño de dos adultos tumbados hombro con hombro y que la vio, o lo vio, encima de un armario, agazapado, como un amasijo de patas. Les dije que no se preocuparan, pero no creo que se tomasen ya demasiado en serio mis comentarios tranquilizadores. Un suturador se encuentra con toda clase de seres. Hay investigadores del Círculo que tratan de recogerlos en enciclopedias; vanamente, porque se ven forzados a actualizarlas casi todas las semanas y resulta difícil encontrar un criterio objetivo para agruparlos por familias o por dimensión de origen. Así que no tenía un nombre para darles. Les dije que ese ser estaba agrupado entre los *Arachnida*, por responderles algo, y escuché un pitido a lo lejos, desconocido para la familia, pero no para mí. Saqué la suturadora del maletín.

—¿Es un arma? —preguntó Clara con voz temblorosa.

—Mejor. Es una cura.

Una suturadora es lo que uno imagina al escuchar su nombre: un aparato que hace una sutura. Une dos dimensiones cubriendo —que no eliminando— la brecha; así pues, una casa encantada es en realidadun volcán dormido: nadie sabe cuándo, tal vez nunca, pero puede volver a erupcionar; se puede romper la sutura y que empiece todo de nuevo. A la suturadora, cuando fue introducida en España

a principios del siglo XX, se le apodó la peseta o la veinticinco, por ser una especie de disco plateado con un agujero en medio, como la moneda de veinticinco pesetas. Aunque el diseño se ha actualizado, el funcionamiento es el mismo: se coloca la peseta donde se ha detenido la rastreadora y emite una serie de frecuencias hasta suturar la brecha; esto es, hasta alinear las dimensiones. Antes, bueno, el proceso era más espectacular: los suturadores teníamos que encontrar la frecuencia de sutura nosotros mismos, mediante la voz, lo que le daba cierto cariz ocultista a todo el proceso. También había alguno que prefería utilizar instrumentos musicales, muchas veces únicos en el mundo, diseñados por ellos mismos.

Una de las canicas había encontrado una brecha precisamente en la habitación de la niña, un cuarto decorado con la ilusión de un matrimonio primerizo: paredes pintadas que recreaban un amanecer, muebles artesanales con pomos tallados en forma de cabezas de animales, dibujos de la niña enmarcados, juguetes repartidos por todo el cuarto… Y un armario.

—Fue ahí —dije, sin entonación de pregunta, señalando a lo alto del armario.

En el lugar se respiraba desgarro dimensional, uno demasiado agresivo. Me sentí guardando, como pocas veces antes, el equilibrio entre dos planos. Era increíble que ellos no lo notaran. La niña debió de haber visto mucho más de lo que sus padres creían. No debí preguntar, pero al estar en una ruptura tan manifiesta como aquella, uno deja de razonar con la claridad de la dimensión a la que está acostumbrado y los pensamientos se atropellan, las sensaciones se vuelven contradictorias, se pierde contacto con el propio funcionamiento de la mente, y uno comete fallos.

—Tú viste a la araña —dije con un tono acusador no pretendido.

La niña asintió, escondiéndose detrás de su padre. No

podía relajar mi respiración. Temblaba, sudaba como metido en una caldera, sentía cada una de las partes de mi cuerpo tratando de separárseme, tratando de volver al vacío dimensional. Los padres empezaron a retroceder como si yo fuera una aparición más de la casa.

—¿Qué le viste hacer? La araña, ¿qué hacía la araña? —Resoplaba por la nariz, más toro que persona.

—¡Se llevó a Bobo! —gritó sollozando.

—Fuera de aquí, ¡todos! —dije y tiré la peseta con violencia contra el suelo, ahí donde la rastreadora había detectado la ruptura.

Había tenido lugar un intercambio físico entre dimensiones; era necesario actuar ya. La alarma de la canica cesó y ocupó su lugar la modulación estridente de la suturadora. La vista se me nublaba y tuve que apoyarme en la cajonera para no caer. Es muy difícil explicar lo que se experimenta siendo suturador en una ruptura tan avanzada: podrías imaginártelo como ser revolcado por una gran ola que te despedaza los miembros en cada vuelta y, cuando al fin crees alcanzar la superficie, otra ola surge para arrastrarte al fondo de nuevo. Fui capaz de dominarme lo suficiente como para no gritar desgarrado, pero no pude contener la última comida: vomité sobre la cama de la niña. Su colcha de nubes y cielo azul había quedado ahora teñida de sangre. Aquello no era normal. Recordaba la última vez en la que había estado en una brecha tan violenta cuando escuché un chirrido a mi espalda. De la esquina del armario empezaban a asomar unos miembros, como tenáculos con estructura ósea. No había visto nada similar: parecía un *gottorim*, pero sin pelo y con ojos en cada miembro en vez de antenas; con las mandíbulas en la unión de todas las patas, en vez de en el frontal. Una de esas patas tenía empalado a un gorila de peluche, el famoso Bobo. Miré a la peseta. No era posible que estuviera cruzando la brecha, la sutura casi estaba terminada, pero la araña mordía con un ruido terrible: estaba

devorando los márgenes de la ruptura. Era imposible, ningún *Arachnida* podía hacer eso. Un ser capaz de romper la realidad tan fácilmente podría causar estragos en nuestra dimensión si cruzara y no pudiera ser controlado. Mi propio bufido me sacó de mis pensamientos: estaba en guardia ante ese ser mostrándole los colmillos. Ninguna opción era ya acertada, así que antes de que pudiese cruzar, salté contra él e, inmovilizándole dos patas, le mordí en el cuerpo hasta que cedió. Pero no pude evitar que con sus otros miembros me abrazara.

El sonido de la suturadora se fue apagando a lo lejos. Pronto, en aquel vacío, sólo se escuchó el cascabel del collar de Bobo mientras caíamos forcejeando por el canal de la brecha.